

COMUNICACIONES Y DOCUMENTOS

SOBRE LA CONDICION Y EL ESTUDIO DE LA FILOSOFIA

Disertación del Profesor Francisco Romero en el acto de inauguración de los cursos de 1959 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Es para mí un honor haber sido designado para hablar en la inauguración de los cursos de este año. Sean mis primeras palabras de salutación y de regocijo. De salutación a cuantos trabajan en esta casa o se sienten ligados espiritualmente a ella. De regocijo, por la reanudación de las tareas, que todos deseamos se cumplan este año y los venideros con la máxima intensidad en el trabajo y la mayor solidaridad amistosa, todo es, en una venturosa conjunción de esfuerzo y de afecto. Así, no sólo cumpliremos con nuestro deber, sino que contribuiremos a nuestra propia felicidad. Porque la única dicha segura y duradera para el hombre es la que se fundamenta, simultánea y parejamente, en el trabajo y el amor.

La ocasión me parece propicia para exponer algunas reflexiones sobre la filosofía, su estudio y su papel en la cultura. Muy lejos está ahora de mi intención extenderme en disquisiciones teóricas. Estas reflexiones, y ése es por lo menos mi propósito, se refieren a cuestiones de interés próximo y aun concreto, aunque, naturalmente, en el plano en que se sitúa o debe situarse cuanto atañe a la filosofía.

Hace un instante hablé del amor, en dos sentidos: al desear que la faena en esta casa la realicemos unidos todos por el vínculo de un sentimiento cordial, y al enunciar que sólo en el amor y el trabajo puede hallar el hombre una ventura cierta. Y al aproximarme ahora a la filosofía, al nombrar esta expresión de "amor a la sabiduría" que desde sus remotos comienzos la designa, el amor aparece de nuevo. Esa componente en la palabra filosofía, que pone desde sus orígenes un estremecimiento de emoción en la designación del sumo saber teórico, será todo lo casual que se quiera, pero no deja de convenir a la cosa y aun parecería haberle impuesto de antemano el sello de un destino. Porque la filosofía no es sólo amor *al* saber, sino también amor *en* el saber.

La filosofía supone la amistad, o, mejor dicho, muchos modos de amistad. Una amistad efectiva e inmediata, o una amistad a la distancia. Y en esto se diferencia de otros géneros de la actividad intelectual, quizá porque en ninguna se hace tan patente la persona que la ejerce. Ésta es una de las paradojas de la filosofía. Por un lado, aspira a remontarse a la última cumbre de la teoría, el saber más universal e incondicionado. Por otro lado, se ata indisolublemente a individualidades humanas. Las designaciones de direcciones o corrientes, en las letras y las ciencias, suelen ser impersonales: en la ciencia, se dice: la física mecánica o la teoría cuántica; en literatura, se dice: el clasicismo, el romanticismo, el modernismo. Aunque expresiones así existan en filosofía, también abundan en ella las inevitables alusiones a personas al nombrar ideas: se dice: platonismo, aristotelismo, tomismo, cartesianismo, kantismo... Tras los esquemas ideológicos suele asomar un rostro humano, suele hacerse presente una singular figura humana como fuente y garantía de la autenticidad viva del pensamiento. Este asunto daría motivo para muchas consideraciones —entre ellas la de la responsabilidad, no sólo intelectual, sino también moral del filósofo— pero no es ésta la ocasión de desarrollarlas, y si me refiero a este punto es por otras razones. Quede por el momento indicada esta sorprendente asociación del saber que aspira a la mayor universalidad y pureza, con la continua referencia a quien en cada caso lo formula. He calificado el hecho de paradoja; por cierto es una paradoja que parece un misterio.

Con la brevedad que impone la oportunidad, examinemos algún aspecto de la cuestión, el que más salta a la vista como intrínseca dificultad de la filosofía, el contraste entre sus pretensiones de universalidad y los rasgos de particularismo que ostenta en la práctica: particularismo cuya forma más extrema es la anotada referencia de las doctrinas a la individualidad de los filósofos. A diferencia de las otras actividades del espíritu, que se ponen tareas parciales, la filosofía, en su plano que es el del conocimiento, se propone una tarea que, a la corta o a la larga, desemboca en una exigencia de totalidad; aun en sus planteos más parciales, la filosofía apunta al sistema y tiene en vista la totalidad, y con frecuencia la encara directamente, en las interpretaciones de tipo metafísico. Por aquí creo que ha de buscarse la solución del misterio a que me he referido. Ningún hombre, por extraordinariamente genial que sea, es capaz de cumplir una faena total. Hay muchos filósofos, cuyos nombres y obras consigna la historia de la filosofía, pero un solo filósofo cabal, el hombre en función filosófica, la humanidad. Y como la humanidad únicamente existe y se manifiesta en sus miembros singulares, en los hombres individuales y concretos, cada uno de ellos es parte u órgano del verdadero filósofo, que es la humanidad filosofante. La magnitud del empeño requiere la contribución de muchos, de cuantos son aptos para la función filosófica y se deciden a ejercerla. Solamente a pedazos, en tomas innumerables, se va logrando esa conciencia de la realidad que es el asunto de la filosofía. A la infinitud de la faena corresponde la infinidad del esfuerzo, la necesidad de poner al trabajo toda disposición humana. Mientras haya una particularidad o disposición humana, caracterológica, local, racial o de cualquier otra especie, que no haya pronunciado su palabra y traído su testimonio,

la concepción filosófica de la realidad estará incompleta y trunca, porque habrá un costado del espíritu humano que no habrá declarado su visión de una perspectiva que sólo estará completa cuando sea la más amplia posible, la del espíritu humano en su totalidad. Todas las culturas tradicionales, la europea y las asiáticas, han expuesto su concepción de las cosas y de la vida; falta confrontarlas, conjugadas y extraer la resultante. El movimiento de integración es perceptible; acaso nuestra América, lugar de cita y de fusión de tantas diversidades humanas tenga reservado un papel importante en la necesaria integración intelectual. La ilustre filosofía europea de los siglos xvii y xviii mostraba singulares limitaciones; hay en ella un señalado predominio del intelecto formalista y abstracto sobre otras potencias del ánimo, que le ha impuesto una apreciación unilateral de lo real y sobre todo una seca y angosta interpretación de la vida. No sólo era únicamente la filosofía de Europa en aquella sazón, sino que era la filosofía de los varones de Europa; la femineidad se hallaba ausente, porque la mujer no había entrado a participar todavía de la alta vida espiritual. En el gran vuelco que experimenta la filosofía a principios del siglo xix, que la ahonda y la agranda, probablemente no es uno de los menores elementos un comienzo de ingerencia del espíritu femenino, en ese instante a través del varón, pero ya discernible con claridad. El creciente ascenso de la mujer, su participación en el común quehacer filosófico, es uno de los requisitos para la final constitución de la filosofía, de la cual no puede estar ausente la mitad del género humano. La filosofía, repito, es una tarea total, y su agente es el hombre total, sin exclusión alguna. Las grandes teorizaciones estarán siempre a cargo de las más altas mentes, pero la base de experiencia filosófica requiere la contribución de todas las peculiaridades y modalidades humanas; mientras una de éstas no haya aportado su testimonio, se corre el riesgo de que algún ángulo, modo o distrito de la realidad quede inadvertido. Nuestra época ha de ver sin duda la plena y normal colaboración de la mujer en la creación filosófica.

Se concilia, pues, la universalidad de la filosofía con la particularidad de los filósofos, porque éstos son sólo los filósofos, no *el* filósofo, que es, según dije, la humanidad en cuanto aplicada a descifrar el enigma de las cosas, a entender poco a poco la ilimitada realidad. Y por este camino se resuelve también otra aparente antinomia que nos toca de cerca y que afecta a nuestra obligación filosófica como iberoamericanos. Se ha discutido mucho si nuestra filosofía debe ser dicho sucintamente, de intención estrictamente americana o de intención universal. La oposición es falsa, si nos atenemos a lo sentado anteriormente. Ciertas experiencias nos son propias y exclusivas, o por lo menos nos son más congeniales, por nuestra constitución diferencial o nuestra implantación local; con su formulación y exploración, si de ello somos capaces, enriqueceremos la visión universal de las cosas, contribuiremos a la universalidad de la filosofía al agregarle una inflexión o un matiz. Además, cualquier prolongación de la problemática común de la filosofía será contribución definitivamente americana si se hace en América con autenticidad y veracidad, con saber y con esfuerzo. Y, correlativamente, cualquier artificioso americanismo filosófico, guiado por un va-

nidos prurito de originalidad, pasará, en el mejor de los casos, a ser un capítulo de nuestro *folk-lore*.

La incorporación de los países iberoamericanos a la actividad filosófica es un suceso de importancia innegable, no sólo para nuestros países sino también para la cultura mundial. Significa para nosotros la complementación de nuestra vida cultural con el desarrollo de una de las dimensiones principales del espíritu, y para la cultura mundial, el ingreso en ella de fuerzas y disposiciones que a su hora, si sabemos ponernos a la altura de la obligación, habrán de representar un acrecentamiento. Los estudios filosóficos en Hispanoamérica no son sin duda equiparables hasta la fecha, por la masa y la calidad, a la labor filosófica de los cuatro o cinco países protagonistas de la alta cultura; pero, reconocido este hecho obvio, nuestra humildad no debe conducirnos al menosprecio de lo que aquí —en Iberoamérica— se ha realizado y se sigue realizando. Ante todo, pensemos en que los países con una firme y seguida trayectoria filosófica son escasos; hay viejas e insignes naciones que sólo poseen una actividad filosófica precaria o casi nula. Por otra parte, el examen de lo ocurrido en nuestro proceso filosófico más bien justifica la esperanza que el desánimo. Hubo en nuestros países estudios filosóficos desde la época colonial; las pocas muestras de patente don especulativo no alcanzan a poner estos estudios durante ese período por encima de una modesta ocupación académica. La mente iberoamericana no ha sentido con energía y fervor la preocupación filosófica sino a partir de tiempos muy cercanos a los nuestros. A otras faenas, en cierto modo previas, dedicó sus fuerzas hasta ese momento. Las primeras grandes empresas de la inteligencia americana, aquellas a las que se entregó primero con autonomía, capacidad y entusiasmo, fueron de orden literario e histórico. Lo primero, como ocurre en toda cultura naciente, era la colonización poética de la realidad, la toma de conciencia estética, la transcripción imaginativa y el registro de las emociones que suscitaba en el ánimo la realidad circundante. La primera conquista espiritual de las cosas por el hombre es la conquista poética, en la poesía propiamente dicha, en el relato y en el mito. Es, literalmente, una colonización o una humanización, una colonización ideal, paralela en su plano a la colonización material de las cosas mediante la técnica. Y es, por cierto, la colonización espiritual de que nacen todas las otras, porque toda la vida del espíritu comienza y termina en la poesía. En segundo lugar, hubo en nuestros países una apasionada preocupación por los estudios históricos. Así como el auge de lo literario era la grande y primigenia toma de conciencia de la realidad entera —cosas y hombres— por el hombre de estos pueblos bajo el signo estético, la preocupación histórica tendía a comprender la efectiva realidad humana, a consignarla en constancias precisas, a descubrir y en lo posible a gobernar los resortes de su funcionamiento. Nuevas sociedades se fundaban y crecían, esenciales problemas se planteaban, con graves pugnas entre el hombre y la naturaleza apenas domada, entre los grupos sociales todavía mal definidos en sus contornos regionales y nacionales, entre los individuos que aún no estaban sometidos a rigurosos cánones de convivencia. Los estudios históricos en nuestra América, por la situación en la etapa inmediatamente

anterior, participaban de la investigación propiamente histórica, de la interpretación sociológica y del comportamiento político; sus representantes más eminentes solían participar en los sucesos que relataban. Escribían una historia que habían contribuido a fraguar ellos mismos o sus padres, que les era asunto casi personal o familiar. Estos fueron los deberes primarios de la inteligencia iberoamericana: la conquista estética de la realidad total, la conquista histórico-sociológico-política de la realidad humana. Si estas faenas se hubieran demorado en beneficio de una prematura reflexión filosófica, la cultura de estos países hubiera padecido. Las elaboraciones estéticas y las averiguaciones históricas son parejas en dignidad a las demás ocupaciones de la inteligencia; sólo pretendo señalar que, dada nuestra situación, debían ser afrontadas en primer término.

Ya muy avanzadas esas tomas de conciencia de la realidad, florecientes y afianzadas las letras y las investigaciones históricas, llegó la hora de la filosofía y de la ciencia; no en cuanto ejercicio ocasional de unos pocos, que eso ya existía antes, sino como función que había de incorporarse sin tardanza a las que el cuerpo social toma normalmente a su cargo. Los primeros pasos de nuestros estudios filosóficos, como tarea seguida y plural, se definen en pocas palabras. La primera pre-ocupación filosófica extensa y ajena al encierro en los recintos académicos, la trajo el positivismo. El positivismo, en la segunda mitad del siglo pasado, fue una filosofía casi universal, un momento de la conciencia filosófica mundial. En nuestros países se impuso por tres razones: porque coincidía con la ideología más o menos explícita de ilustres promotores y organizadores de nuestra naciente vida social, política y económica, atentos ante todo, como era natural y casi obligatorio, a imponer las instituciones libres y la civilización moderna en países recién salidos de la tutela colonial; porque era la filosofía vigente en la época, y por su relativa sencillez y su abstención de complicados desarrollos especulativos, por los elementos concretos que ofrecía al político, al jurista, al sociólogo y al pedagogo. El positivismo nos enseñó a pensar en términos de filosofía, a manejar ideas generales y a introducir las en los planteos inmediatos, y su ingerencia fue considerable en nuestra incorporación al ritmo de la vida moderna. Pero no fundó entre nosotros una verdadera tradición filosófica porque no traía respuestas satisfactorias para las grandes interrogaciones que se formula el espíritu humano, las cuales, con sus intentos de respuesta, componen el cuerpo permanente de la filosofía en sentido estricto.

El movimiento filosófico que se constituye en los países iberoamericanos y va aumentando y logrando cada día expresiones más depuradas, nace con el grupo de filósofos que yo he llamado "los fundadores", denominación que por cierto ha obtenido una acogida bastante amplia. Uno solo de ellos, por excepción, profesó el positivismo: el cubano Enrique José Varona. Todos los demás pertenecen a las corrientes superadoras y reemplazantes del positivismo, que surgen con la decadencia de éste y luego prosperan y se diversifican, engendrando las múltiples direcciones del pensamiento actual. Juntamente con el citado Varona, componen principalmente este núcleo fundador el peruano Alejandro Deustua, el mexicano Antonio Caso, el chileno En-

rique Molina, el uruguayo Carlos Vaz Ferreira y el argentino Alejandro Korn. Son los padres, los patriarcas de nuestra incipiente filosofía. Aislados en sus países respectivos, son como las cumbres de una cordillera, solitarios y separados en la mole visible, pero unidos y solidarios por el común basamento que los sostiene. Casi ninguno de ellos mantuvo trato personal con los demás. Tampoco hallaron, por lo menos en su primera época, en la de la formación de su espíritu y sus primeras realizaciones, interés ni repercusión en la comunidad. Todos fueron autodidactos; sorprenden en ellos tanto la energía de la vocación como la tenacidad en el estudio y la meditación, que les aseguraron una calidad de pensadores que debe ser orgullo de la cultura de Hispanoamérica. En la etapa de su labor más intensa, ni siquiera sospecharon que su obra se multiplicaría después en muchedumbre de ecos, que encabezarían un movimiento plural, inseparable en adelante de las otras formas de la actividad intelectual en sus países. Todos merecen ser honrados, con el triple homenaje de la admiración, el respeto y el amor. Había mucho que hacer en sus patrias respectivas, en su tiempo; fueron filósofos eminentes, pero no se desentendieron del deber próximo, de la obligación perentoria y cotidiana que les impuso compromisos de muchos órdenes. Fueron, en general, maestros en diversos y altos tipos de magisterio, reformadores, civilizadores. Por circunstanciales motivos, destaco a dos, los más cercanos en el espacio y acaso también en el espíritu. Al uruguayo Vaz Ferreira, recientemente desaparecido, maestro integral que supo asociar la inflexibilidad de los principios con la tolerante comprensión de todo lo humano, y al argentino Alejandro Korn, varón de estirpe socrática, honor de nuestro pensamiento y de nuestra civilidad, cuya memoria evocamos de continuo y que hemos de recordar solemnemente el año venidero, porque en él se cumplen los cien años de su nacimiento. Hispanoamérica es una por las raíces y por el espíritu; dentro de esa gran unidad dispersa, uruguayos y argentinos somos como una familia, para la cual el río es más bien vínculo que separación. Propongámonos que los dos nombres igualmente nuestros de Alejandro Korn y Carlos Vaz Ferreira se ostenten en dos calles de nuestra ciudad; dos calles grandes y frecuentadas, y no de esas poco transitadas y a trasmano que reservamos para esconder en ellas los nombres de varones ilustres por el legado intelectual.

Aquella ingerencia de lo personal en lo filosófico a que me referí al comienzo, tiene una de sus muestras en este concierto de figuras que, al mismo tiempo que fundan nuestra actual filosofía, le han transmitido un ejemplo, que no es únicamente el de su aportación doctrinal, sino también, y en manera destacada, el de sus personalidades enteras, en las que coincidieron la inteligencia preclara, la dignidad de la conducta y la constante voluntad de servicio. Precisamente por estas condiciones que en ellos concurren han llegado a convertirse en el origen de una tradición.

La filosofía se ha desarrollado, en todas aquellas partes en que se nos manifiesta con densidad y consistencia, en forma de tradiciones y de escuelas. Son cosas bien diferentes, aunque no se excluyen. Es raro el pensador considerable que se nos presenta fuera de una tradición; no tan raro, pero tampoco demasiado frecuente, el que aparece ajeno a toda escuela. Las tradiciones son como grandes cauces, orientaciones

generales en la marcha que permiten divergencias notables, derroteros personales. Suponen la coincidencia en pocos puntos fundamentales, la adhesión a ciertos principios comunes, sin que sea obligatoria la aceptación de un sistema establecido de antemano. Las escuelas, en cambio, suponen un sistema que los adeptos admiten, prolongan o modifican, según los casos. A la cabeza de las tradiciones hallamos personalidades filosóficas robustas, capaces de obrar a la distancia por la fertilidad de sus pensamientos, su originalidad, su magnitud humana; a veces influyen aun sobre quienes rechazan mucha sustancia de su aportación doctrinal. Las escuelas tienen un radio mucho menor, se basan en un sistema definido y deben en mayor o menor medida su cohesión a la capacidad aglutinadora de su jefe o de su primer elenco, y en ciertos casos a su disposición proselitista. En una tradición caben muchas escuelas; la tradición kantiana es ejemplo fehaciente. Tanto las tradiciones como las escuelas presuponen la virtud fundadora en quienes las promueven; pero las tradiciones en grado muy superior y en calidad mucho más excelsa, porque la fundación ocurre en ellas por acción espontánea, sin intervención cercana en casi todos los casos, por gravitación natural y con repercusiones que trascienden y se prolongan a la distancia en el tiempo y en el espacio. Crear es una de las supremas prerrogativas del hombre; fundar es prerrogativa todavía más alta, porque la fundación es una creación, pero una creación con virtualidades inconmensurables, con la aptitud para fecundar otras inteligencias y promover en ellas nuevas creaciones, sin reclamar afiliaciones, y por la mera acción del estímulo. Dentro de las tradiciones se da como un grande y libre diálogo de los espíritus; la auténtica filosofía ha sido en todos los tiempos diálogo, con todas las situaciones del efectivo diálogo: la coincidencia total o parcial, la disidencia, la contraposición de los puntos de vista... Acaso con la exclusión de la resuelta y enconada polémica, que, en los términos usuales, suele ser una actitud muy poco filosófica y conduce con más frecuencia al oscurecimiento de las cuestiones que a su aclaración. El racionalismo y el empirismo, por ejemplo, han sido grandes tradiciones; dentro de ellos se ha desarrollado el diálogo que los ha ido constituyendo y perfilando a lo largo del tiempo, y también entre racionalismo y empirismo se ha dialogado en una feliz contraposición que ha contribuido a la aclaración mutua y al hallazgo de nuevas posturas. La disensión no ha impedido el respeto ni aun la admiración. Ese respeto ha alcanzado a veces límites extremos. Cuando Leibniz, contrincante de Locke, se entera de que Locke ha muerto, decide no publicar la obra en que lo contradecía, monumento de la filosofía moderna, porque su opositor no podía ya responder a sus objeciones.

Hay algún país donde probablemente podría haberse constituido una filosofía, y que si no la tiene no es por la incapacidad filosófica de su gente, sino porque adversas circunstancias han impedido la organización de una tradición, la articulación de las mentes en una gran familia de inteligencias aplicadas a estos problemas. Tratemos de que esto no suceda en Hispanoamérica. Poseemos ya una tradición, porque los que he llamado los fundadores han puesto los cimientos. Esa tradición está en proceso de formación, y no supone adhesiones ni compromisos, sino la libre comunicación, el encuentro, el diálogo, la convivencia de las personas en el reino de las ideas. En nuestra América,

tras la incomunicación y soledad de los promotores o fundadores, el diálogo filosófico ha comenzado. Quienes se ocupan en estas cuestiones se conocen, cuentan los unos con los otros, se sienten solidarios en un quehacer común. Hay ciertos rasgos de semejanza entre casi todos los que filosofan en Hispanoamérica, porque las circunstancias locales e históricas facilitan ciertas experiencias, suscitan la predilección por determinados problemas, hacen ver unos aspectos de la realidad con mayor evidencia que otros. Todo ello está muy distante del empeño planeado —que, como dije, tengo por antifilosófico— de elaborar de intento una filosofía iberoamericana. Pero más allá de todo esto y también por encima de cualquier particular tradición, opera en nuestra filosofía y debe operar cada vez más en ella, como vínculo vivo entre quienes filosofan, el afán decisivo de buscar la verdad, que es el motivo más eficaz para la armonía y la aproximación cordial; de buscarla con sinceridad, con esfuerzo y con responsabilidad. Todos los que persiguen la verdad así se entienden, aunque lleguen a tesis diferentes y aun opuestas; porque el convencimiento de que los otros también buscan honradamente la verdad establece entre todos un lazo sólido. Lo que origina irreductibles desencuentros es la vanidosa sobreestima de los propios puntos de vista, la improvisación irresponsable, la supeditación de la libre meditación a puntos de vista tomados de antemano, la obediencia a cualquier consigna. En suma, cuanto se opone a la íntima e intergiversable condición de la averiguación filosófica. El diálogo filosófico iberoamericano tiene muchos aspectos, a partir de la relación que es el trato mutuo y el conocimiento de ideas y escritos; este intercambio progresa de continuo, por el empeño más intenso de algunos y la inclinación de casi todos. Y ha tenido, como ampliación y necesario complemento, expresiones colectivas de singular alcance e interés, como las sociedades de filosofía y los congresos interamericanos. Actualmente, como se ha anunciado, se prepara uno de estos congresos que tendrá su sede en nuestra ciudad, a mediados de este año.

Asiento natural de nuestra filosofía son las Facultades de Filosofía y Letras e institutos similares, donde se siguen estos estudios, para los cuales lo mejor que podemos desear es que sean cada vez más verdaderos hogares de la inteligencia. Para que intervengan con eficacia en la tarea, será indispensable que los reanime un nuevo espíritu, que en cuantos los frecuenten se cree la convicción de que trabajamos en una faena que va mucho más allá de nuestras aulas e institutos y de la ocupación profesional; la persuasión de que estamos participando en la constitución de la conciencia filosófica iberoamericana, porción o sector de la conciencia filosófica universal. La obligación reglamentaria, aun cumplida con un máximo de rigor y escrupulosidad, no basta a la consistencia de la formación filosófica, requisito previo para una labor personal sin la cual la filosofía nunca rebasa un modesto nivel. La intensificación debe comenzar por considerar el estudio como algo cuyo fin supera con mucho el del examen brillante; por un firme designio de encarar la reflexión filosófica como asunto propio para cada uno, como una ocupación constante y habitual de la inteligencia. Los institutos y las aulas deben tener mucho del laboratorio y del taller, con una disposición activa de todos, y con el designio de partir del saber acumulado y de la experiencia obtenida por quienes nos precedieron.

Pero hay otro punto importante. Lo que se puede hacer en las Facultades en los años de la carrera, aun cumpliendo con rigor y consagración la tarea, es muy poco, en comparación con las dificultades, extensión y complejidad de estas cuestiones. El trabajo debe ser continuado sin interrupción después del final de la carrera, y no sólo por la necesidad de completar y acrecentar lo logrado, sino también porque la filosofía por tratar exclusivamente cosas tan difíciles de aprehender y de fijar como son las ideas, se esfuma si no se la frecuenta, se va borrando y al cabo huye de la mente cuando no se insiste en ella con asiduidad. El alejamiento de la Facultad de quien ha terminado sus cursos en ella, no significa necesariamente, pero sí en la mayoría de los casos, un progresivo alejamiento de la filosofía y una paulatina pérdida de lo allegado en los años de labor universitaria. Por lo tanto, uno de los puntos más importantes para la efectividad del trabajo filosófico es la conexión del graduado con la Facultad, que puede tener muchos aspectos. Cursos para graduados que complementen los dictados durante la carrera; seminarios, sesiones de información expositiva o coloquial, conocimiento bibliográfico, participación individual o por pequeños equipos en muchas faenas en los institutos, preparación de tesis y trabajos monográficos, disertaciones y muchas otras actividades, pueden y deben servir para que quienes tengan ya su título sigan aprovechando lo que la Facultad puede darles, que no será separable de lo que ellos den a la Facultad, pues en estas cosas de la inteligencia nunca se sabe bien lo que se da y lo que se recibe, y la aproximación deseable del egresado asumirá también el sentido de una cooperación. Me consta que hay en todos, alumnos, egresados y profesores, la mejor disposición para ello. Para los modos de esta conexión creo que no conviene establecer planes estrictos; por mi parte, la experiencia me ha enseñado a desconfiar de los planes. Un plan sólo vale por la sustancia viva que se le pone dentro; ocurre a veces que se busca la perfección del plan en sí, que es pura forma, y se olvida lo otro, lo principal, el contenido, del cual el plan es mera distribución y regulación. La relación estrecha y permanente del graduado con la Facultad debe tener su órgano en los Institutos, pero ha de ser con la Facultad entera. Debe ser ante todo cuestión de buena voluntad, de interés efectivo, de intercambio intelectual y cordial, en ese plano de confianza amistosa que únicamente permite los fecundos trasiegos espirituales. Las circunstancias y las predilecciones dirán en cada caso lo mejor que pueda hacerse, que de este modo flexible y vocacional será también lo más útil y lo más grato. Si no los modos, conviene planear el hecho en sí, esto es, establecerlo firmemente como uno de los fundamentales quehaceres de la casa, promoviendo en todos la convicción de la conveniencia y necesidad de tal conexión, para que los fines de la Facultad y su papel dentro de la cultura de la nación sean debidamente cumplidos. La aproximación del egresado debe ser solicitada, convertida en costumbre, preparada psicológicamente ya en los alumnos durante los últimos años de la carrera. Las amistades se debilitan y al cabo se rompen cuando no se cultivan; la amistad del estudiante con la casa, su afiliación a ella como a su hogar espiritual, debe pasar, insensiblemente y sin interrupción, a ser amistad del graduado. Digo amistad, y debe entenderse que no hay efectiva amistad sin conexión e intercambio íntimos y permanentes.

Desde cierto punto de vista atinente sólo a esta cuestión, creo yo que el alumnado debe ser considerado en tres etapas o planos: una etapa de preparación o incorporación que comprende el preparatorio recién establecido y el primer año; una etapa de escolaridad que abarca el segundo y el tercer año y una etapa final, la de los dos últimos años, durante la cual ha de verse en el alumno tanto al estudiante como al futuro egresado, por la altura que ha alcanzado en sus estudios y la proximidad de su graduación; en esta etapa postrera corresponde atender al desenvolvimiento autónomo de su individualidad intelectual, a su capacitación para un trabajo en términos más personales, que prosiga después de rendido el último examen, en estrecho contacto con la Facultad. Basamento humano de todo esto tiene que ser un régimen o actitud de cooperación y convivencia en la que el trato mutuo y el intercambio conversacional tengan parte considerable.

Para cumplir su función dentro de la sociedad, en el orden filosófico, la Facultad no puede contentarse con preparar profesores para la docencia secundaria. Debe promover, y lo hace sin duda, la investigación filosófica, como función anexa a la cátedra y también como especialización para los particularmente dotados. El prestigio de una alta casa de estudios depende en gran parte de los trabajos de investigación que se produzcan en ella o en el ámbito de su influjo. Debe tenerse en cuenta que otras actividades de la inteligencia se realizan en porción considerable fuera del radio universitario, pero que la filosofía, por particulares circunstancias y desde fines del siglo XVIII, está ligada por muchos vínculos a las Universidades, lo que importa un severo compromiso de las Universidades con la filosofía. Pero además del fomento de la indagación y la preparación de docentes para la enseñanza media, función esta última de innegable importancia, hay otra función que la Facultad, por sí y por la libre iniciativa de sus egresados, debe afrontar. Debe ponerse en situación de satisfacer todas las demandas sociales en el orden filosófico, ya que, como hemos visto, es el foco principal o único de estos estudios y aun de estas preocupaciones; demandas que no se agotan con la investigación en profundidad y la contribución a la enseñanza secundaria.

Hay una apetencia filosófica en todo hombre, y se satisface, según las circunstancias y la posibilidad, en forma adecuada o inadecuada; nosotros debemos ofrecer nuestra aportación para que, en el círculo de nuestra irradiación, se satisfaga lo más adecuadamente posible. El hombre necesita de ideas para vivir, y las toma donde las encuentra. Los temas filosóficos, muchos de ellos por lo menos y en el nivel apropiado, son problemas de todos. Cada uno, aparte de la singular aclaración en cuestiones parciales, siente la necesidad de una concepción del mundo y de la vida, de un cuadro general de las cosas y de los conocimientos. Se habla cada vez más de la urgencia de un nuevo humanismo. No caeré en la ingenuidad de imaginar que los que trabajamos en filosofía podamos dar su fórmula, pero es indudable que sólo con materiales filosóficos y desde una postura filosófica será posible aproximarse a esa exigencia del hombre contemporáneo. El estado actual de nuestra civilización contribuye a hacer más imperiosa la necesidad de una rehumanización. Poderosos recursos materiales han acrecentado en lo que va de siglo, en medida prodigiosa, la capacidad operativa de la humanidad.

Al crecimiento de los medios no corresponde, como algunos suponen, organizar la existencia humana sobre la pauta de esos medios, sino considerar los fines a cuyo servicio han de subordinarse, integrarlos en una concepción de la existencia humana merecedora de tal nombre. La ciencia y la técnica fundada en ella han de entrar como miembros en el nuevo humanismo anhelado. Desde luego, la ciencia, que es saber, es de por sí y por derecho propio uno de los componentes del humanismo en trámite; pero una ciencia humanizada y que conviva armoniosamente con las demás dimensiones del espíritu, a cuyo estudio histórico y crítico (y a su aumento en cuanto nos sea dado lograrlo) se aplican las actividades de esta casa. Desde este punto de vista amplió, las humanidades han de ser sin duda una de las mayores obligaciones y preocupaciones de esta hora.

Asumamos con resolución la tarea que hemos elegido, con plena conciencia de su dignidad, de su alcance, de su trascendencia nacional y humana. Asumámosla con esfuerzo, con rigor, con responsabilidad. Procuremos que nuestra querida Facultad, por el empeño y si es preciso por el sacrificio de todos, sea cada vez más la Facultad de nuestros sueños.



CUESTION GRAMATICAL PLANTEADA POR LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS A LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA, Y RESUELTA POR ESTA CON FUNDAMENTO EN LA PONENCIA PRESENTADA POR EL ACADEMICO DOCTOR JULIAN MOTTA SALAS

Bogotá, 30 de marzo de 1959.

Señor Doctor

JOSE MANUEL RIVAS SACCONI,

Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana.—E. S. O.

Ilustre Secretario y amigo y colega de mi mayor aprecio:

Ha preguntado la Academia Argentina de Letras a la Colombiana si es correcta o no la frase “*el mejor consejo que jamás oí*”, aducida por un colaborador de las *Selecciones del Reader's Digest* en el número de esa revista correspondiente al mes de febrero de 1957, y “si corresponde emplear en este caso el adverbio *jamás*”.

No entrara yo a exponer mi pobre concepto sobre ese punto si la Academia Colombiana no me hubiera invitado tan gentilmente a decir lo que siento, a pesar de carecer de tiempo sobrado para hacer el estudio que, en otras circunstancias diversas de las actuales, podría yo haber llevado a cabo.

Para mí es correcta la frase y en ella no puede tacharse el adverbio “*jamás*”.

El cual ha venido barajándose en el uso de la lengua escrita y hablada con el otro adverbio *nunca*, desde los más remotos orígenes del

habla castellana en locuciones como la del escritor del *Reader's Digest*. Se les ha tenido por sinónimos, tal vez sin una razón absolutamente evidente, “no habiendo —según Salvá— entre los dos adverbios otra diferencia sino que *nunca* parece destinado más particularmente para las locuciones de pretérito, mientras que *jamás* entra en éstas, no menos que en las de presente y futuro. De estos dos adverbios juntos se forma *nunca jamás*, frase que niega con gran fuerza; y si precede el adverbio *siempre* a *jamás*, pierde éste su significado y toma el opuesto. Nunca jamás le verá, quiere decir, que no es ya posible que le vea, o que evitaré su vista por cuantos medios estén a mi alcance. Por siempre jamás habrá pleitos entre los hombres, afirma que los pleitos durarán tanto como la especie humana”.

Tal vez por esto sostuvo don Juan Iriarte que *jamás* no es adverbio de negación. “En efecto, dice en una nota Salvá, en nuestros escritores antiguos se halla alguna vez como sinónimo de *siempre*”. Tan así es verdad que *jamás* no ha tenido ni tiene siempre significación negativa que Bello, en su *Gramática* tan olvidada hoy por algunos que presumen de saberlo todo, dice: “*Jamás* no es de suyo negativo. Su significación primitiva y propia es en tiempo alguno, en cualquier tiempo. Ha sucedido con este adverbio lo que con *nadie* y *nada*: a fuerza de emplearse en frases negativas, donde la negación no es suya, sino de otras palabras, llegó a significarla por sí solo. De decir, por ejemplo, *no le verá jamás* (en tiempo alguno), se pasó a decir *jamás* (en ningún tiempo) le verá. Pero *jamás* conserva su significado positivo en ciertos giros, como ‘¿Le has visto jamás?’ ‘Castígueme el cielo, si jamás he pensado engañarte’. ‘Los justos gozarán de la presencia de Dios por siempre jamás.’” (Bello, *Gramática de la Lengua Castellana*).

Y Hanssen recuerda por su parte aquel verso de un poema de la edad preclásica: “Veyén que los caídos seyén por JAMAS ciegos”. (*Gramática Histórica de la Lengua Castellana*).

En esos ejemplos se ha seguido la significación etimológica del adverbio *jamás*, derivado de *jam magis* —*ja* (*m*) *ma* (*gi*)s—, en tiempo alguno, en cualquier tiempo.

En la práctica de los escritores antiguos y en el uso popular, en el cual es el pueblo gran conservador de arcaísmos, lo mismo que en el uso docto y académico de hoy, creo que no habrá de tenerse a *jamás* por sinónimo absoluto de *nunca*, pues tiene significación muy positiva, equivalente a *en cualquier tiempo*. ¿Qué tiene, pues, de extraño que se haya dicho y se continúe diciendo “el mejor consejo que *jamás* oí?” Tal frase equivale a “el mejor consejo que he oído u oí en mi vida”, o, si se quiere, adecuándola a *nunca*: “Nunca he oído u oí en mi vida un consejo mejor”, o “*jamás* oí consejo mejor”, o “mejor consejo no oí en mis días”, o “mejor consejo no oí jamás”. Finalmente, entre *nunca* y *jamás* hay el mismo matiz de significado diverso que entre el *numquam* y el *unquam* latinos, los cuales se construyen generalmente con frases negativas, aun cuando se usan también en sentencias afirmativas, como en este ejemplo de Plauto: “*Plus amat quam te unquam amavit*”. (Epid. 1. 1. 63).

Puedo estar equivocado; pero tal me parece haber seguido el pensamiento de Bello, el cual dice también en su Gramática: "... Jamás es, de todos los negativos originalmente positivos, el que mejor conserva su antiguo carácter, y así es que lo asociamos a siempre de la misma manera que a nunca, por siempre jamás".

Téngase presente ahora que, si habláramos de negaciones, que no de negaciones sencillamente afirmativas, como en el caso de estudio, es muy distinto el uso de nuestra lengua del que priva en la latina, donde dos negaciones afirman, si van aducidas consecutivamente y refiriéndose a un mismo objeto, pues en castellano, según Caro, "se pueden acumular muchas negaciones sin que se destruyan, por ejemplo:

Felicidad ni gusto exagerado
Nunca en el mundo nadie lo ha tenido.

(Fr. P. de Padilla).

"Esto proviene de que palabras como nada, nadie, jamás, que hoy se consideran negativas, no lo parecieron en un principio sino sólo a causa de ir acompañadas de otra negación; y luego por analogía se usaron en combinaciones semejantes las realmente negativas como nunca, ninguno: igualadas las unas a las otras en fuerza del uso, niegan de suyo antes del verbo; que si van después se hace necesaria otra negación precisamente antepuesta. (V. Ga. Ac. Gr., pte. I. cap. IX, y Bello, Gr., 384)". (Caro, Sintaxis General Latina).

"Una vez equiparada la significación de jamás a la de nunca, que siempre la tuvo negativa —dice la Real Academia Española— empleamos éste por aquél, y decimos: No lo he visto NUNCA. Y así juntas en una misma oración dos, tres y hasta cuatro vocablos de significación negativa, que vienen a expresar la negación con más fuerza: v. gr.: NO haré eso NUNCA JAMAS; NO recibe NUNCA a NADIE; No regaló JAMAS NADA A NADIE. Jamás se junta con el adverbio nunca y las locuciones por siempre y para siempre, JAMAS me acordaré. La significación de las dos frases es enteramente contraria, pues la última equivale a perpetuamente, o en todo tiempo me acordaré". (Gramática de la Lengua Española).

Y Cervantes, en el Quijote, empleó la expresión "por siempre jamás amén", en esta frase que cito de memoria: "Hizo una cédula de recibo y de no llamarse a engaño por entonces ni por siempre jamás amén".

Hay veces en que jamás vale lo mismo que nunca, pero no puede usarse, sin incurrir en galicismo, como bien dice Baralt, cuando se emplea elípticamente sin verbo y sin negación, v. gr.: "Me sois más querida que jamás (que nunca, o que jamás lo habéis sido)", y cuando se usa en sentido afirmativo, v. gr.: "Si jamás (en alguna ocasión) venís a verme, os enseñaré mi monetario". "Si jamás (en alguna ocasión) se mostró grande hombre, fue cierto en aquel terrible lance".

En suma, señores académicos, la frase que se ha consultado me parece bien empleada, ya sea que se diga "el mejor consejo que oí jamás", o "el mejor consejo que jamás oí".

Con sentimientos de mi mayor estimación me es grato suscribir-me del señor Secretario muy atento servidor y amigo,

Julián Motta Salas

Academia Colombiana.—Apartado Postal 815. Bogotá.—Nº 1331.

Bogotá, 29 de abril de 1959.

Señor Doctor Don
JULIAN MOTTA SALAS.
La Ciudad.

Muy apreciado colega y amigo:

La Academia Colombiana, en junta ordinaria celebrada el día 20 del mes en curso, estudió el informe rendido por usted sobre la consulta de la Academia Argentina de Letras, relativa a la frase “el mejor consejo que jamás oí”.

La Academia aprobó unánimemente la ponencia presentada por usted y sus conclusiones, y resolvió manifestar a usted el agradecimiento de la corporación por la diligencia puesta por usted en el desempeño de esta comisión, no menos que el aplauso con que todos los señores académicos recibieron la lectura del informe, que es modelo de doctrina, erudición y claridad.

La Academia ordenó transcribir el concepto de usted a la Academia Argentina de Letras y publicarlo en el Boletín.

Ruego a usted aceptar mi felicitación muy sincera y el testimonio de mi admiración y aprecio.

Soy de usted atento servidor y amigo,

José Manuel Rivas Sacconi,
Secretario Perpetuo.

Academia Colombiana.

Bogotá, 16 de junio de 1959.

Señor doctor don
JULIAN MOTTA SALAS.
L. C.

Ilustre colega y amigo:

Me es muy grato transcribir a usted el texto de la nota de la Academia Argentina de Letras referente al informe que usted tuvo a bien rendir sobre una consulta formulada por dicha Academia. La nota fue leída en la junta ordinaria de nuestra corporación celebrada noche, con beneplácito de todos los presentes, y dice así:

“Tengo a honra comunicarle que recibí su atenta carta del 6 de mayo, con el informe adjunto del señor académico don Julián Motta Salas acerca de la frase *el mejor consejo que jamás oí*.

“En nombre de la Academia Argentina de Letras me complazco en agradecer a la Academia Colombiana y, en particular, al mencionado académico, su valiosísima colaboración.

“La opinión de la Academia Argentina de Letras coincide en un todo con la expresada por esa docta Corporación.

“Saludo a usted muy afectuosamente.

“(Fdo.) *Luis Alfonso, Secretario*”.

Reitero a usted el agradecimiento y la felicitación de la Academia por su excelente trabajo y quedo de usted muy atento servidor y amigo afectísimo,

José Manuel Rivas Sacconi,
Secretario Perpetuo.

